

May R Ayamonte

CONTRA CORRIENTE

HUNDIRSE NO ES UNA OPCIÓN



CROSS
BOOKS

MAY R AYAMONTE

**CONTRA
CORRIENTE**



CROSSBOOKS

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, May R Ayamonte, 2018

© Editorial Planeta S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: abril de 2018

ISBN: 978-84-08-18532-1

Depósito legal: B. 5.117-2018

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El calor sofocante de la sala la hace sudar; se le pega el pelo al cuello y se nota la ropa húmeda. Hay cientos de personas bailando, chocando entre sí, dejándose llevar por la música. La DJ pincha mientras habla con su novia, colocada estratégicamente justo a su lado en el escenario.

Amaya se está agobiando de verdad. Su prima la ha arrastrado con todas sus amigas a esta discoteca y luego la ha dejado colgada. No le apetece estar aquí, donde no conoce a nadie. Y menos hoy, que ha bebido mucho y está con el pie de esta manera.

Intenta moverse entre la gente. Muchos la miran mal y chasquean la lengua. Cuando por fin llega al baño, ha tenido que pelearse con más de diez personas y le ha tirado la copa a otras tantas. Y para colmo la han pisado dos veces.

Se mira en el espejo, tiene el maquillaje de los ojos corrido. El rímel azul se le ha extendido por debajo de la ceja y el lápiz de ojos, del mismo color, prácticamente ha desaparecido. Por suerte el pelo corto sigue peinado hacia arriba en una pequeña cresta y la bandana roja que se puso a juego con la camisa de gasa no se le ha movido.

—¡Amaya! Joder, estaba buscándote como una loca.

—¿Se puede saber dónde estabas?

Laura se apoya sobre el marco de la puerta, dejando caer los brazos a los lados del cuerpo.

—Me he escapado con un chico muy guapo. Lo tendrías que haber visto, seguro que te habría gustado.

—Oh, venga, ya sabes que estoy pillada...

—Sí, y que pasas de los tíos también lo sé.

—¿Cuándo vas a aceptar que no se trata de que pase de los tíos? —dice Amaya, que se aleja del espejo y la mira arqueando las cejas.

—Tú nunca has sido así. Estás confundida, nena.

Sí, hay muchas más cosas en las que Amaya y su prima no se parecen. Laura tiene una personalidad que le recuerda a su tía: solo le importa estar guapa y hacerse rica. Y por supuesto no se plantea una vida sin un hombre. Amaya no sabe cómo todavía son amigas siendo tan diferentes. Probablemente, porque es como su tía pero en versión simpática.

—Laura, ¿podemos hablar de esto en otro momento?

—El verano está llegando a su fin y te lo has pasado encerrada en esa piscina de mierda en lugar de disfrutar de las vacaciones. ¿Para qué coño te vienes de Madrid si pasas de mí?

—No he pasado de ti, es solo que he estado haciendo cosas...

—Cosas como quedar con la tía esa... —le replica su prima, que se incorpora y le sonrío con tristeza antes de darse la vuelta y desaparecer entre el tumulto de personas que bailan alrededor de la puerta.

Cuando Amaya se dispone a alcanzarla, ya la ha perdido de vista. Sabe que no volverá a verla esta noche, así que decide coger su abrigo e irse a casa. No merece la pena discutir con Laura y menos cuando está borracha. Solo quedan

seis días para regresar a Madrid y no le gustaría tener que llegar a casa con una prima menos, pero se lo está poniendo bastante difícil con sus salidas de tono y esos comentarios fuera de lugar.

Tras conseguir acceder al ascensor, baja al vestíbulo, donde se cruza con algunas de las conocidas que tiene en la ciudad y las saluda con una sonrisa falsa. Lo único que quiere es volver a casa y olvidarse de esta noche desastrosa: desde la cena en la pizzería hasta la discusión que acaba de tener en el baño.

—La vaquera oscura, por favor —le dice al del guardarropa.

Sale a la calle, y sonrío al notar el aire fresco en la cara. Necesitaba escapar de ese ambiente cargado. Son las cuatro y media; por suerte su apartamento está cerca, en primera línea de playa, como la discoteca.

Nada más entrar en la avenida principal, Amaya divisa a lo lejos a una chica que se parece muchísimo a ella.

Y siente que se le parte el corazón.

1

El coche está a reventar de trastos. Los cristales, de un color cobrizo por el polvo de la tormenta de verano que había caído por la noche, reflejan a una Amaya enfadada y contrariada. ¿Por qué tenía que pasar de nuevo las vacaciones en una ciudad de mala muerte como Valencia? Todos sus amigos habían hecho planes para celebrar el final del primer año de universidad, y se iban a descansar a la sierra de Madrid.

Sus padres hablan animadamente en los asientos de delante, Amaya escucha música a toda pastilla con su teléfono móvil y solo ve moverse sus labios. Su hermano pequeño, Javier, está a su lado jugando con la consola. Tiene ocho años, y aunque la diferencia de edad entre ambos es grande, Amaya siempre quiso tener un hermano y le encanta pasar tiempo con él. Es un niño muy listo y avisado, a veces demasiado.

Se están acercando a la entrada de la ciudad. Amaya mira el WhatsApp para ver si Jose le ha escrito. Nada. Ni un solo mensaje. Ya le dijeron sus amigos que no merecía la pena, pero ella se empeñó en seguir adelante. Le había conocido este primer año de Bellas Artes y se había enamo-

rado de él nada más verlo. Luego resultó que no era para tanto, que no estaba a la altura de sus expectativas: le faltaba madurez e iniciativa.

Amaya aparta la vista de la pantalla para concentrarse en el paisaje. Ya puede ver el mar y las casas de las afueras. En realidad Valencia es la ciudad natal de su madre, Julia, y desde que ella recuerda pasan allí todos los veranos. El problema es que Amaya, ahora que ha empezado la universidad y tiene un grupo de amigos increíble, en vacaciones solo quiere desconectar, olvidarse de las dos asignaturas que le han quedado para septiembre y disfrutar de todo lo que no ha podido durante el curso. Parece mentira pero la universidad le quita incluso más tiempo que el último año de instituto.

—*¡Mayi!* —dice Javi al quitarle los auriculares, abriendo sus grandes ojos azules y levantando las cejas.

Amaya no ha tenido la suerte de heredar ese color de iris ni el pelo rubio, ella es morena y tiene los ojos de color chocolate.

—¿Qué, Javi?

—Amaya, te estamos llamando nosotros —dice su madre.

—Queríamos preguntarte si al final vas a contratar a la entrenadora personal de la que hablamos, hija. Es importante que te pongas las pilas con la natación si quieres volver a competir —explica su padre.

—Miguel, no la presiones con el tema de las competiciones.

Acto seguido, su madre y su padre se enzarzan en una discusión. Ella los mira como si fuera un partido de tenis, y siente que se va haciendo cada vez más pequeña dentro del coche, hasta el punto de desaparecer, y que no les importa su opinión sobre el tema.

Amaya, de pequeña, era nadadora de competición. Su

primer recuerdo en el agua es de cuando tenía cinco años y sus padres le regalaron el primer flotador y la llevaron a la playa del pueblo para enseñarle a nadar. Su padre era nadador profesional; ganó muchos campeonatos, y de hecho a su madre se la presentaron en uno. Y ahora quiere dejarle a ella ese legado: su don natural para la natación. Que su hija recoja el testigo... Los Estévez, así serán conocidos.

La primera vez que Amaya sintió que podía flotar en el agua rompió a llorar de la emoción. Desde ese día no quiso salir del mar en todo el verano. Al volver a Madrid, sus padres la apuntaron a clases de natación, y al cabo de unos meses ya tenía un entrenador personal que trabajaba con ella día tras día.

Las competiciones no tardaron en llegar y cuando quiso darse cuenta tenía más de veinte trofeos en su habitación. Sin embargo, la natación no fue lo que Amaya había esperado. Después de suspender cinco asignaturas en primero de bachillerato, debido a la presión que representaba ser nadadora profesional, lo dejó.

—Han pasado tres años; no voy a estar en forma ni va a ser lo mismo —replica ella, interrumpiendo la discusión de sus padres.

—La forma puedes recuperarla en un par de meses, el cuerpo tiene memoria. Además, tampoco tienes que plantearte volver con tanta intensidad. Solo inténtalo, era algo que te apasionaba y te daba mucha vida.

—Mamá, ya no es lo mismo. Ahora me apasiona esculpir.

—La escultura no te va a dar de comer, cariño —le contesta ella.

—Vaya, y la natación sí.

—Pues, mira por dónde, tu padre se ganó así la vida durante muchos años.

—Sí, y ahora tenemos una tienda de bicicletas.

Amaya se ríe. Por un momento ha olvidado que ya no está en Madrid y que tendrá que pasar todo el verano entre la playa, la piscina y el sofá.

—Yo solo digo que nos da pena que dejes algo que se te daba tan bien y con lo que podías tener tanto futuro.

—Lo entiendo, mamá. Dejadme que lo piense para poder daros una respuesta segura. Dadme una semana de plazo.

Ellos asienten con la cabeza y dejan que Amaya se ponga de nuevo los auriculares para evadirse rápidamente de esta situación.

Ojalá fuera tan fácil como nadar cuando quisiera. Ella ya sabe lo que supone volver: horas de entrenamiento, ataques de ansiedad por no llegar a los objetivos, fines de semana viajando de un lado a otro sin poder hacer una vida normal, dieta permanente, tardes enteras nadando bajo las órdenes de un entrenador... Pero es cierto que nadar es la pasión de su vida. Más que esculpir. Aunque se lo niega a sí misma porque el camino fácil es olvidarse de que es así. Porque sabe que para cumplir su sueño de llegar a las Olimpiadas ya va tarde y no tendría que haber tirado la toalla.

Y ahora volver es más difícil que nunca.



La casa de las vacaciones le da mil vueltas a la de Madrid. Tiene dos plantas, un comedor enorme con ventanales que dan a una piscina comunitaria, un jardín lleno de flores con una mesa en la que cenan cada noche y unos techos altos que le recuerdan las casas andaluzas que ha visto tantas veces en las películas.

En Madrid viven en Carabanchel Bajo, que para Amaya siempre ha sido como vivir en un pueblo dentro de la gran ciudad. Le gusta su barrio porque es acogedor; allí todos se conocen y, como está tan enamorada de su ciudad, incluso las calles viejas y deterioradas le parecen bonitas. Sus mejores amigos, Rubén, Claudia y Blanca, viven en la ciudad y estudian en la Universidad Complutense. De hecho, tienen un año más que ella y se conocen desde antes de empezar los estudios superiores.

Si hay algo que Amaya va a echar de menos en Valencia es El Frida(y), la cafetería donde los conoció, un sitio que rinde homenaje a la famosa pintora Frida Kahlo y donde se hacen tertulias de arte cada dos semanas. Nada más empezar la carrera, Jose, el chico del que ha estado pillada tanto tiempo y que organizaba esas tertulias, la llevó. El primer día chocó con una chica que pesaba casi el triple que ella —hay que decir que Amaya es de complexión muy delgada— y cuyo nombre artístico era «Bola de Nieve». Decía estar orgullosa de ser gorda, y como su nombre real era Blanca había hecho un juego de palabras. Después de discutir con Bola de Nieve por haberle tirado el café, se encaró con su mejor amigo, Rubén, que había salido en su defensa. Por suerte, una tercera chica, Claudia, medió entre los tres, y todos terminaron tomándose una cerveza y hablando de sus ilustradores favoritos. Así conoció a los que hoy por hoy son sus mejores amigos.

Amaya abre Skype, tras dejar la maleta a un lado de la habitación, y se tira sobre la cama aún sin hacer. Sus amigos están haciendo una fiesta de pijamas en casa de Blanca y le han pedido que se conecte para charlar con ella. Hace una semana que no los ve porque antes de Valencia ha estado unos días en Segovia viendo a parte de la familia de su padre.

El ordenador tarda en arrancar; tiene muchos años y ahora ya solo sirve para ver vídeos de YouTube, o hacer los deberes de clase con el Word. Aunque en realidad casi todo lo que hace en Bellas Artes es manual y físico, prácticamente no le piden ejercicios por escrito.

Cuando por fin se conecta, sus amigos la llaman y ponen la cámara.

—¡Qué pena no poder estar ahí con vosotros! —exclama sonriendo al verlos detrás de la pantalla.

—Quién lo diría, hija... Te conocemos desde hace menos de un año pero ya eres parte del clan —le dice riéndose Rubén.

Todos están como siempre. Rubén sigue en su línea, con unas gafas de sol rosa fucsia, una camiseta negra ajustada y una chaqueta blanca abierta, y Claudia lleva su típica falda *hippy* y una corona de flores sobre su melena morena y ondulada.

Al cabo de un momento llega Blanca, que acerca a la pantalla sus grandes ojos azules y grita:

—¡Estás más gorda!

Todos se ríen. Es una broma que ella hace a menudo, porque su madre siempre le dice que está más gorda y que debe adelgazar, pero a Blanca todo eso le importa bien poco y está contenta con su cuerpo, así que nunca presta demasiada atención a la opinión de los demás.

Blanca lleva un vestido oscuro y el pelo recogido en un moño.

—¡No sabéis lo mucho que voy a echaros de menos aquí!

—Es que te has ido muy lejos, cari —dice riéndose Rubén.

—A ver, tenéis que contarme qué ha pasado por ahí esta semana y qué vais a hacer estos meses.

—Lo primero que debes saber es que nos tendrás en Va-

lencia en agosto. Claudia pilla el coche de los papis ¡y nos vamos! —dice Blanca dando unas palmaditas.

—¿En serio?! —exclama Amaya, desbordada de alegría.

—Mis padres han dicho que si es para verte a ti, sí que nos lo dejan. Que bajo tu supervisión sí se fían.

—¡Dile a tus padres que les voy a comprar un jamón! —grita ella emocionada—. Vale, podéis quedaros en casa; vosotras podéis dormir en mi cuarto y Rubén en el de Javi. Además mi hermano lo adora, así que no habrá problema.

—Claro que me adora: es de mi acera... —dice él, riéndose.

—¡Oye! ¡Que a lo mejor es de ambas aceras, o de ninguna! ¡No me jodas que ahora para jugar con cocinitas hay que ser gay o mujer! —le replica Claudia.

—Cierto. Pero, de todos modos, espero que sea gay porque si es igual de guapo que su hermana al menos quiero tener posibilidades.

Todas rompen a reír por el comentario. Amaya baja la voz del portátil para que su hermano no los escuche hablar desde la habitación de al lado. Si oye la voz de Rubén, seguro que se le mete en la habitación y no sale hasta que acabe la llamada.

—Hay algo que tenemos que contarte —dice Blanca mirando a Rubén.

—¿Me lo dejáis a mí? —replica él indignado.

—¡Hasta donde sé es cosa tuya! —exclama Claudia.

Amaya los observa sonriente. Los echa mucho de menos y no puede imaginarse un verano sin ellos.

—Vale... Cómo te lo explico... ¿Te acuerdas del chico mayorcete de los tatuajes que tenía novia? —le pregunta Rubén algo nervioso.

—Heisel, Haisel, Hasel, Hazel... ¿Cómo se llamaba? —contesta Amaya.

Cómo para no recordarlo: no se olvida fácilmente a alguien que ha estado en la cárcel siendo tan joven.

—Tía, joder, ¿cuántas versiones existen para un nombre? ¡Hazel, cari, Hazel! —la increpa Rubén—. Bueno, pues ese... Que no sé, que después de la intensidad de las últimas Navidades hemos retomado el contacto hace un mes y estamos viéndonos a saco.

—¡No me lo creo! Pero ¿no tenía novia? —pregunta Amaya, alucinando.

A Hazel lo habían conocido de fiesta, antes de las vacaciones de Navidad, y aunque él estaba aún con su novia, Rubén se había quedado muy pillado. Hazel y él se habían estado viendo durante las Navidades, mientras su novia pasaba las fiestas en el pueblo con su madre. Después, por alguna razón, habían perdido el contacto.

—Sí, sigue con su novia. Es poliamor de esos, o como se diga. Vamos que ella también se ve con otra gente. ¡Me da igual! En realidad, lo único que me importa es que me agarra y me empotra y...

—¡Suficiente! —chilla Claudia riéndose.

—Además del notición sobre el buenorro... ¿Adónde vamos a parar con esta información?

—Amaya, que no me dejas terminar, bonita. Quería decirte que me gustaría invitarlo, si es posible y solo si de verdad lo es, a venir a Valencia.

Se hace un silencio. Amaya mira muy seria directamente a la cámara del ordenador. Las facciones de Rubén cambian y parece arrepentirse de haber formulado la pregunta. Entonces, Amaya rompe a reír y exclama:

—¡Claro que sí! ¡Aquí, quien haga falta! ¡Invítalo!

Durante un rato siguen hablando de esa aventura sexual de Rubén, y cuando parece que este ya no puede dar más detalles escabrosos...

—Y tú, ¿qué? Ahí, la de las vacaciones. ¡Cómo cierras el pico! —suelta Claudia cambiando de tema.

—Por mi parte poco que contar, me estoy viendo con muchos tíos y disfrutando del calor horrible de Madrid. De hecho, anoche ligué en el Orgullo con uno.

—*Heteros being heteros* en el Orgullo. ¡Qué pesados sois! —exclama Rubén.

—Yo, en casa, como siempre; con mi madre de supergi-
ra sin querer aceptar que tiene una hija gorda que no da la
talla para ser modelo como ella.

—Pues mis padres siguen empeñados en que vuelva a
nadar, pero no sé qué hacer. En realidad sería una buena
manera de matar el verano, aunque solo de pensar en vol-
ver a esa rutina me pongo enferma. No me apetece nada.

—Podrías intentar bajar el ritmo y no exigirte tanto
—dice Claudia.

Amaya se pasa dos horas sin despegarse de la pantalla:
hablar con sus amigos siempre la ayuda a tener las ideas
más claras. Le gustaría estar sentada con ellos en ese sofá y
participar de la fiesta de pijamas. Pero al menos puede te-
nerlos a distancia.